

El mercader y la ostra

LUIS GONZÁLEZ PORRAS

Era un hombre muy rico, mercader de perlas, que viajaba por el mundo buscando las más raras y exóticas, en los lugares más distantes y difíciles de alcanzar. Las que encontraba eran la envidia de los otros comerciantes de perlas. Eran muy apreciadas y las vendía con gran utilidad. Su dinero lo gastaba en los pobres y en parientes, pero sobre todo en grandes fiestas donde convidaba a sus amigos del sindicato de perlas.

Un día decidió buscar la más hermosa de todas. Recorrió lugares conocidos y desconocidos, pero ninguna de las que encontraba era tan bella como la que imaginaba. Pasó mucho tiempo en esa tarea. Se despojó de trajes y pensamientos elegantes. Vistió de harapos e ideas más sencillas. Continúo su búsqueda: las perlas que encontraba ni siquiera las guardaba, las devolvía nuevamente al mar.

Hasta que un día, con nostalgia de su gente, quiso regresar a su ciudad, pero algo había sucedido, aunque no sabía qué era o cómo lo estaba afectando. Tal vez las penurias y la frugalidad del viaje. Al llegar a puerto, buscó a sus antiguos amigos del sindicato; sin embargo, ya no gustaba de sus fiestas y comilonas, ni de elegantes trajes. Más bien deseaba momentos de

felicidad más simple, serena y solitaria. Se apartó un poco de ellos y, poco a poco, sus amigos dejaron de buscarlo o llamarlo. Además, su riqueza había disminuido a su mínima expresión.

En su soledad pensó en buscar otro tipo de perlas y se dedicó a dibujarlas con suaves trazos y colores nuevos, meditados largo tiempo. Pero lo que veía no tenía la belleza de la perla que anhelaba. Compuso música cargada de asombros, escribió versos y textos de una hermosura inenarrable. Nada llenaba su deseo y su búsqueda. Finalmente trató de compartir lo que había aprendido con sus antiguos amigos. Fue al sindicato de perlas y, después una larga espera, lo recibieron. Sin muchas palabras de bienvenida, más bien con rostros serios y palabras rebuscadas, le dijeron que ya no era uno de ellos. Su nueva actitud les dañaba el negocio. Acudió luego a sus parientes, que hacía muchos días no veía, pero lo trataron como a un extraño, por sus ideas peligrosas, sencillas y frugales. Sobre todo porque ya no tenía dinero alguno para darles.

Le dolió tanto lo sucedido, como un granito de arena que de repente irrumpió en su vida y se coló en su corazón. Sentía que hería desde dentro

palabras y pensamientos como un puñal afilado. Tan profundo lo cortaba que quiso huir e incluso morir. Se encerró en su cuarto y su vida se cubrió del traje sombrío de una ostra gris y arrugada, sumergida en el hondo y oscuro mar del desaliento.

Suspiró lento, muchas veces, hasta que poco a poco comprendió el misterio

de la vida, como si el corazón fuera esa pequeña ostra en que se había convertido. Y, en esa profunda oscuridad lejana, el pequeño grano de arena se fue cubriendo lentamente de una capa nacarada. Un día, después de muchos días, abrió el corazón y descubrió la más luminosa perla que jamás hubiera imaginado: el perdón.